



BX 945

M3

v. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

# EL SACERDOTE EN PRESENCIA DEL SIGLO.

## CUARTA PARTE.

### EXAMEN DEL GENIO CIENTIFICO DEL SACERDOTE.

*Dux verbi.* (Hechos, XIV.)

*Unicuique autem datur manifestatio spiritus ad utilitatem.* (Pablo ad Corinth., 12.)

..... *Hæc omnia operatur unus atque idem spiritus, dividens, singulis prout vult.*

*Vir eloquens... potens in scripturis: hæc erat edoctus viam Domini, et fervens spiritu loquebatur.*

«Era un hombre elocuente y poderoso en las santas Escrituras, instruido en los caminos de Dios y que hablaba con fervor de las cosas de la salvacion.» (Hechos de los Apóst., c. 18, v. 24, 25.)

El Sacerdote, ya podemos decirlo, fué en todas las épocas y en todos los países, en las sociedades mas y menos civilizadas, el administrador, y aun el

009461

rey, el sabio y aun el artista por escelencia, el *sabio como nato*, prescindiendo de que él es quien hace los sabios cuando tiene á menos ó no cree útil serlo él, así como puede decir con humildad:

« He hecho reyes y no he querido serlo. »

Y nada tiene de extraño. Solo el sacerdote sabe bien que la verdadera sabiduría lleva en linea recta á la fidelidad, y por consiguiente á la virtud y á la felicidad. Y esta es la razon porque uno de los hombres mas grandes de los tiempos modernos, San Francisco de Sales, escribia esta magnífica *Exhortacion á los Eclesiásticos*, para que se apliquen al estudio, que consideramos como la mas bella página de nuestro sacerdote en presencia del siglo:

« Aquellos de entre vosotros, hermanos míos, que se dedican á ocupaciones que les imposibilitan el estudio, hacen como los que quieren comer viandas ligeras contra el natural de su estómago grosero, de donde proviene que van desfalleciendo poco á poco. Yo puedo deciros con verdad que no hay gran diferencia entre la ignorancia y la malicia, aunque la ignorancia es mas de temer si considerais que no solo le ofende á uno mismo, sino que pasa hasta el desprecio del estado eclesiástico. Por esto, amadísimos hermanos míos, os conjuro que os ocupéis muy seriamente en el estudio, porque la sabiduría en un sacerdote es *el octavo sacramento* de la gerarquía de la Iglesia, y su *mayor desgracia* ha pro-

venido de que el arca se ha hallado en otras manos que en las de los Levitas.

« Por eso nos sorprendió nuestra miserable Ginebra, cuando conociendo por nuestra ociosidad que no estábamos sobre la defensiva, y que nos contentábamos con leer *simplemente nuestro breviario*, sin pensar en llegar á ser mas sabios, sedujo la sencillez de nuestros padres y de los que nos precedieron, haciéndoles creer que hasta entonces nadie habia sabido entender las Santas Escrituras.

« De esta suerte, mientras dormiamos, sembró el enemigo la zizaña en el campo de la Iglesia, é hizo penetrar el error que nos ha dividido y pegó fuego á todo este pais; fuego que nos hubiera consumido á vosotros y á mi y á otros muchos, si la bondad de nuestro Dios no hubiera suscitado misericordiosamente sus poderosos espiritus, quiero decir los reverendos padres Jesuitas que se opusieron á los hereges, y nos hacen cantar gloriosamente en nuestro siglo: *Misericordia Domini, quia non sumus consumpti*. Aquellos grandes hombres, por la sola virtud de aquel cuyo nombre llevan, empezaron vigorosamente á dividir aquel partido en la hora misma en que pensó Calvino en separar la realidad en el testamento que Dios nos ha dejado. Para esto, acosados por los hereges, pero mas ostensiblemente oprimidos por los que no son nuestros hermanos mas que en apariencia, sufrieron y sufren todavia persecuciones originadas todas de Ginebra.

« Pero su infatigable valor, su puro celo, su ca-

ridad, su profunda doctrina y el ejemplo de su santa y religiosa vida, les ha asegurado, por revelacion de su santo fundador, que esas violencias durarian un siglo, pasado el cual quedarian triunfantes del error y de los hereges. Asi vemos ya que su inocencia es menos perseguida á medida que disminuye la secta de los calvinistas, y que va dominando el odio popular que los heresiarcas habian sembrado contra ellos en los ánimos del vulgo.

« Los avestruces que digieren el hierro de las calumnias, de la misma suerte que devoran los libros con sus continuos estudios, son los que soportando una infinidad de injurias y de ultrages, han establecido y consolidado nuestro crédito y todos los sagrados sistemas de nuestra fe, y que aun hoy, con sus grandisimos trabajos, llenan el mundo de hombres doctos que destruyen la heregia por todas partes.

« Y pues que la divina providencia, á pesar de mi incapacidad, me ha ordenado vuestro obispo, os exhorto á que estudiéis con empeño, á fin de que siendo doctos y virtuosos, seais inculpables y esteis prontos á responder á todos los que os pregunten acerca de las cosas de la fe.

FRANCISCO.

El sacerdote, igualmente que el hombre, se prepara al arte de escribir, el único que dura, con el arte de hablar.

LA PALABRA, la primera y la última, la única y la esclusiva razon, no solo de toda educacion y de toda sabiduria del hombre y del género humano,

mas tambien de la inteligencia intima que precedió á esa doble educacion, y que todavia preside á ella; la palabra, que precedió á la escritura y á la prensa, y que les sobrevivirá; la palabra, fuera de la cual no hay libro posible, ni aun libro duradero <sup>1</sup>; la palabra, el VERBO, que el mismo Dios ensalzó hasta el punto de confundirla con él, ó de confundirse él con ella!

La palabra, y sobre todo la palabra eclesiástica, es lo que ha fundado el Cristianismo, fundador de todo lo demas; — es decir, la palabra verdadera, la palabra lógica, la palabra infalible, la palabra autorizada.

La palabra *ex cathedra*.

¿Y qué es la otra palabra, la de la tribuna, del foro, ó de la escuela, en presencia de la palabra del púlpito? el palacio de Borbon <sup>2</sup>, ó el palacio de Justicia <sup>3</sup>, eclipsados ante la monumental Nuestra Señora de Paris <sup>4</sup>; la sombra delante del sol, ó mas bien la noche delante del dia, como ha dicho el mismo Victor Hugo <sup>5</sup>.

Siempre es una palabra lo que domina, ¡tan do-

<sup>1</sup> La palabra del púlpito, y sobre todo la del directorio eclesiástico, es á los libros buenos, lo que son los periódicos á los libros célebres: los hacen, dándolos á conocer.

<sup>2</sup> El palacio en que se reúne la cámara de los diputados. — N. del T.

<sup>3</sup> El palacio donde se reúnen los tribunales de Paris. — N. del T.

<sup>4</sup> La catedral de Paris. — N. del T.

<sup>5</sup> En su novela *Notre Dame de Paris*. — N. del T.

minante es la palabra por su naturaleza! — Supongamos muda la palabra sagrada y todas las palabras profanas vivas, y tendremos una primera revolución de personas, de empleos y de propiedades. — Supongamos mudas, á su vez, las palabras secundarias ó profanas, y tendremos una última revolución, la del patíbulo! Y el patíbulo no es mas que una última palabra, solo que es la mas tonante y la mas impresiva; porque hay *un grito en la sangre y una voz en la piedra!*

Pero, lo mismo que en el mundo, hay en la Iglesia muchos linages de palabras. Unas son públicas y otras privadas; unas solemnes y otras sencillas. Las primeras que pasan por las mas importantes, son justamente las que lo son menos; el *maximum* de su utilidad es facilitar las segundas, que son las únicas eficaces, — y estas son el *Catecismo* familiar de la capilla de la parroquia, el *Diálogo* del confesionario, la *Plática ó Sermon*, y aun la conversacion ordinaria entre el sacerdote y el lego.

La primera y la mas fundamental, sin contradiccion, de todas las palabras, es el *Catecismo*, porque es en resumidas cuentas, la única verdadera, ó aquella, á lo menos, sin la cual todas las otras son funestas ó imposibles.

La segunda, pero la mas grave por su objeto, y la mas util por su resultado, es el diálogo interior entre el sacerdote y el fiel; sublime escena entre tres personajes, en la que el fiel hace juntamente oficio de acusador, de reo y de testigo; el sacerdote,

ya oficio de *instructor*, ya de juez, y muchas veces ambos á la vez, en presencia de un Dios que solo interviene para confirmar y ejecutar la sentencia.

La tercera palabra sagrada, ó el *sermon* es, de todas las palabras públicas, la mas segura y la mejor, porque es la mas caritativa en el orador, y la que mejor escucha el oyente, que va á buscarla para sí y no para ella.

La palabra ordinaria del sacerdote en el trato comun es tambien una palabra fundamental. San Francisco de Sales lo creia así hasta el punto de *aterrarse de su importancia*<sup>1</sup>, y sobre todo de su olvido.

Un cardenal, bien que agitado por las pasiones políticas, es quien abre la nueva era de elocuencia<sup>2</sup>: « ¡Oh grande y admirable monarca (esclamaba el cardenal de Retz, en presencia de Luis XIV y de la reina regente, el 25 de agosto de 1648),

<sup>1</sup> El temor á la familiaridad es el movíl: 1º de las *misiones* propiamente tales, en las que el orador y el confesor (y con mucha mas razon, el hombre) no hacen mas que aparecer y desaparecer; 2º de las comunidades religiosas, cuyos miembros, no mostrándose nunca mas que en el ejercicio de sus funciones, tienen siempre mas fuerzas porque las economizan; 3º y tambien del hombre prudente y sabio, naturalmente solitario. Quanto mas conocido es el hombre de genio, y aun el hombre virtuoso, mas prestigio pierde, y por consiguiente mas prestigio pierde tambien la religion, si el hombre es religioso. — De aquí resulta que la mayor parte de las *celebridades* no deben tener y no tienen en efecto duracion.

<sup>2</sup> La elocuencia de la tribuna (y con mas motivo la de la academia y la del foro) se ha eclipsado siempre ante la del púlpito. Un sacerdote, simple académico, Maury, hizo temblar mas de una vez á

que habeis brillado sobre la tierra, menos por el brillo de vuestra corona que por el esplendor de vuestras buenas obras! ¿Con qué elogios formaré vuestro panegirico? La vista de tantas luces me deslumbra; mi espíritu se pierde en esa rara mezcla de la fortuna y de la virtud, y si me dejase llevar del justo temor, que se apodera de mí, de no poder hablar bastante dignamente de esas maravillas, en vez de erigir un trofeo á la gloriosa memoria del gran San Luis, me contentaria ahora con elevar en este sitio un tribunal sagrado, al que llamaria de

Mirabeau y á la Asamblea constituyente; y eso que atacaba las pasiones que estos adulaban, y arrostraba el furor del pueblo, y los filósofos y los jacobinos, á cuya cola y bajo cuyas órdenes se habian puesto sus adversarios!...

Otros dos sacerdotes, olvidados de su decoro, Cerutti y Lamourette, prestaron sus plumas *sine qua non* á aquel Mirabeau que ponía su lengua, *peor que una lanza*, á disposicion del mayor postor de cualquier partido, y que acabó por venderse, sin tener tiempo para entregarse (murió *de repente* en el momento mismo en que esperaba recibir el precio de su infame triunfo), precisamente al partido que habia atacado con mas ingratitud y cobardia.

La elocuencia luterana, calvinista ó anglicana es la mas esteril, y sobre todo la mas fria y la mas trivial de todas las elocuencias: « Nuestros ministros, dice Shaftesbury traducido por Diderot, se han apoderado de esas moralidades análogas á la religion, y nuestros sagrados retóricos llevan ya tanto tiempo de hacer retumbar con ellas sus púlpitos, que, por no aumentar el hastio del linage humano, usurpándoles sus derechos, nada mas diremos de ella. » — « Esta andanada, añade Diderot, va derecha á la iglesia anglicana, que puede lisongearse de ser fecunda en malos predicadores. Los Flechier, los Bossuet, los Bourdaloue, Massillon sobre todo, y otros muchos, pondrán siempre á la iglesia galicana á cubierto de esta acusacion. »

parte de Dios á cuantos viven hoy en este reino, para reconocer el crimen que cometen en no someterse á Dios en su bajeza, despues del ejemplo de un gran monarca que le sometió tan generosamente su grandeza!.... Se puede exagerar la muerte de los hombres ordinarios, porque muchas veces, despues de largas reflexiones, no conmueve; pero la de los grandes reyes habla al alma solo con ver sus sepulturas. San Luis, tendido sin vida, en un pais enemigo, en un suelo estrangero, pregona en mas alta voz la vanidad del mundo que cuantos discursos pudieran hacerse sobre este punto.... y en vista de ese doloroso espectáculo, me limito á esclamar con el profeta: ¿ *Ubi gloria Israel?* ¿ Donde está la gloria de Israel? ¿ donde está la grandeza de la Francia? ¿ donde está aquella brillante nobleza? ¿ donde está el gran monarca que mandaba tantas legiones? Y en el mismo momento en que me hago estas preguntas, me parece que oigo las voces confusas y reunidas de todos los hombres que han vivido en los cuatro siglos transcurridos desde su muerte que me responden: ¿ Está reinando en los cielos! »

Bossuet y Bourdaloue, en los últimos años del siglo de Luis XIV, no hablaron nunca con mas pureza y sobre todo con mas dignidad.

Massillon, todavia y sobre todo en el siglo XVIII, tiene raptos oratorios á los que nada se puede comparar. Estaba un dia en el púlpito, en medio de un auditorio cual nunca la capital habia visto tal vez

otro tan numeroso y brillante : — *el elogio fúnebre de Luis XIV* estaba en su cabeza. Permanece un momento en silencio, y despues de haber tendido la vista sobre los objetos mortuorios que le rodeaban, olvidando, segun él mismo asegura, el exordio que llevaba preparado, sustituyóle, inspirado sin duda por *Dios solo*, este otro : « *Solo Dios es grande, hermanos mios, etc., etc.* » Y cuando predicó, primero en San Eustoquio, y luego en Versalles, su sermón sobre el corto número de los elegidos, y llegó á estas palabras que durarán por los siglos de los siglos : « ¡ Oh Dios mio! ¿ donde están vuestros elegidos? ¿ y que os queda para vos? » todos los periódicos de entonces cuentan que : « El auditorio se levantó por un impulso espontáneo, lanzando un grito sordo y lúgubre de espanto y de fe, cual si de repente hubiera caído un rayo en medio del templo ! »

Desde la muerte de Luis XIV á principios del siglo hasta mediados, la filosofía y la corrupcion crecieron á la par, y reinaron, si puede decirse así,

<sup>1</sup> En la *Vida* de Massillon se halla un rasgo de su elocuencia que no es menos digno de admiracion : « Llevó un dia Rollin á los colegiales de Beauvais á S. Leu, donde debia predicar el orador sobre la santidad del cristiano : aquellos muchachos, oyendo al nuevo Crisóstomo, ya con los ojos bajos, ya con la vista clavada en el ministro de la palabra divina, olvidaron la ligereza que su edad hace escusable porque la caracteriza : todos vuelven á su colegio en un profundo silencio que admira y aun da cuidado á los transeuntes. Muchos discipulos se condenan á mortificaciones, cuyo rigor tienen que mitigar los maestros. »

á favor de la degradacion de la autoridad real. Entonces fué cuando el misionero Brydayne fué á predicar á San Sulpicio, en 1751, estas palabras que todavia hacian estremecerse al cardenal Maury al cabo de mas de cincuenta años : « Hasta ahora he publicado las justicias del altísimo en templos cubiertos de bálago : he predicado los rigores de la penitencia á unos desventurados que apenas tenian pan que llevar á la boca! he anunciado á los buenos habitantes de los campos las mas terribles verdades de mi religion! ¿ Qué he hecho, desgraciado? ¡ He contristado á los pobres, á los mejores amigos de mi Dios! ¡ he sembrado el espanto y el dolor en aquellas almas cándidas y fieles que hubiera debido compadecer y consolar! Aquí, aquí donde mis miradas no caen mas que sobre grandes, sobre ricos, sobre opresores de la humanidad doliente, ó sobre osados y endurecidos pecadores, ¡ ah! aquí solo, en medio de tantos y tantos escándalos, es donde debia haber hecho resonar la palabra santa en toda la fuerza de su trueno, y colocar aquí en este púlpito, á un lado la muerte que os amenaza, y al otro, mi gran Dios que debe juzgaros..... Dios es quien, dentro de algunos instantes, va á remover el fondo de vuestras conciencias. Heridos de terror al punto, vendreis á echaros en los brazos de mi caridad, derramando lágrimas de compuncion y arrepentimiento; y á fuerza de remordimientos, me hallareis bastante elocuente. Y decidme, ¿ en qué os fundais, hermanos mios, para creer vuestro último dia leja-

no? ¿En vuestra juventud? Si, respondeis; aun no tengo mas que veinte años, mas que treinta años.... ¡Ah! os engañais en un todo; *no sois vosotros los que teneis veinte ó treinta años; la muerte es la que os lleva ya veinte, treinta años de delantera...* ¿Sabéis lo que es la eternidad? Es un reloj cuyo péndulo dice y repite sin cesar estas dos palabras en el silencio de las tumbas: ¡Siempre, jamás! ¡jamás, siempre! ¡Y siempre! durante esas espantosas revoluciones, un réprobo esclama: «¿Qué hora es? — Y la voz de otro miserable le responde: ¡la Eternidad!»

La elocuencia propiamente tal se aplica á los pueblos; la polémica, ó, por mejor decir, la dialéctica, á los sabios; el clero, que á todo se adapta maravillosamente, ha triunfado en esta como en la otra. Los concilios fueron el primer teatro de aquellas magnificas y sabias discusiones, en que la exactitud lógica se unia á la facilidad de la elocucion, á la seguridad de la memoria, á la *presencia* perpetua del espíritu. En las revoluciones religiosas es donde principalmente se han manifestado esos diversos dones. La Reforma dió ocasion á debates famosos, de los que los teólogos católicos salieron siempre humildes y gloriosos juntamente: véase solamente, en el frio é imparcial Fleury, el analisis de la *Disputa de Leipsique*, en 1519, entre el admirable Eckio y el pobre *Carlostad*, el mas osado de los luteranos:

Jurando, pero algo tarde

Que no le atraparán mas <sup>1</sup>.

Quando estuvieron los ánimos mas sosegados, un siglo despues, las victorias, con nuevas armas iguales, estuvieron tambien del mismo lado <sup>2</sup>. El siglo de

<sup>1</sup> Alusion al último verso de la linda fábula de Lafontaine: *El Cuervo y la Zorra*. — N. del T.

<sup>2</sup> La conversion de los protestantes, dice el *Ensayo sobre la influencia de la religion* en el siglo décimo-séptimo, fué siempre aun en los tiempos mas revueltos, el objeto de los primeros desvelos del clero: numerosas obras de controversia se dirigieron á este objeto, y con el mismo se establecieron varias conferencias en diferentes puntos. En las memorias de la época hallamos indicados algunos de ellos; los principales se celebraron en el palacio de Retz, en París, en 1587; en Mantes, en 1592; en Moulins, en Nimes y en Fontainebleau. El que mas fama adquirió en aquellas conferencias fué jacobo Davy du Perron, obispo de Evreux, y luego cardenal. Este prelado, nacido en 1556, se habia criado en la religion protestante; pero el estudio que hizo de la religion le volvió al gremio de la iglesia. Dotado de vivísimo ingenio, descubrió el vicio de la reforma hasta en los escritos destinados á defenderla, asegurándose que el libro que le abrió los ojos fué el *Tratado de la Iglesia*, publicado por Duplessis Mornay, en 1577. Abrazó la carrera eclesiástica y fué agregado á la corte en calidad de lector de Enrique III, y ya desde entonces empezó á hacerse notar sosteniendo una conferencia con un ministro anglicano, y luego con Morlas y Sponde. Su madre, un tio suyo y varias personas de su familia le debieron su conversion. Despues de levantado el sitio de Ruan, en 1592, habiéndose retirado la corte á Mantes, tuvo allí du Perron conferencias con los ministros Rollan y Berault; en el número de los asistentes estaba el ministro Cayet, que se convirtió; otros titubearon entonces en sus opiniones y abandonaron el protestantismo algunos años despues. Du Perron tuvo mucha parte en la conversion de Enrique IV: cuando su regreso de Roma, adonde fué enviado por el servicio del rey, y donde fué consagrado obispo de Evreux (1595), tuvo conferencias en París con un famoso ministro de aque-

Luis XIV, fecundo en todas las glorias, brilló igualmente en la polémica oral. Todos conocen la supe-

lla época, Daniel Tileno, conferencias á que siguió la conversion de muchas de las personas que habian asistido á ellas. Por entonces fué cuando Nicolas de Harlai de Sanci, tan célebre por sus talentos, sus negociaciones, sus servicios y su lealtad á Enrique IV, volvió al gremio de la Iglesia: para él compuso du Perron un breve *Tratado de la Eucaristía*. Predicó por aquella época la controversia en varias iglesias de la capital, y los protestantes acudian á porfía á escucharle, y muchas veces de resultas abjuraban sus errores.

« La conferencia que entabló poco despues con Duplessis Mornay, considerado como el caudillo del partido protestante, metió mucho ruido y merece referirse con algunos pormenores. Un caballero de la corte, llamado de Sainte-Marie du Mont (véanse las actas de la conferencia de Fontainebleau en las *obras varias* del cardenal, 1629, segunda edicion en-folio), que ya habia recibido algunas instrucciones, y que pensaba en renunciar al protestantismo, habiendo oido decir que el libro publicado por Duplessis Mornay contra la misa contenia muchas citas falsas, se lo echó en cara al autor, quien retó, con un escrito de su puño, al obispo de Evreux y á cuantos le dirigiesen la misma acusacion. Dicho reto fué enviado al prelado quien ofreció mostrar en la obra en cuestion quinientas citas falsas. Habiendo pedido el obispo al rey que le permitiese aceptar el reto, otorgó el principe la conferencia, y aunque Duplessis Mornay puso mil dificultades y pidió una discusion por escrito, acabó sin embargo por acceder á los deseos del rey y á las instancias de sus amigos, que creian interesado el honor de su causa en que no se volviese atras despues de tantas bravatas. Abrióse la conferencia el 4 de mayo de 1600 en Fontainebleau, donde se hallaba la corte: quiso el rey asistir á ella y nombró comisarios por ambas partes: estos eran, por los católicos, el presidente de Thou, Pithou y Martin; y por los protestantes Dufresne-Canaye y Casaubon. Duplessis tenia por padrino á Desbordes-Mercier, profesor de hebreo; alrededor de doscientas personas de la corte asistian á la conferencia. El obispo de Evreux habia comunicado de antemano á su adversario una nota de sesenta pasages que consideraba falsos; de estos sesenta eligió diez y nueve Duplessis, y sobre ellos

rrioridad de Du Perron y de Bossuet sobre la capacidad de Mornay y de Claude en este género, y la

se abrió la conferencia en la que reinaron suma moderacion y urbanidad. El canceller anunció las intenciones del rey, quien tomó la palabra para escitar á los dos rivales á no traspasar los límites de una pacífica discusion. No se trataba, dijo, de poner en disputa ningun artículo, porque, gracias á Dios, no dudaba de su religion; el objeto era solamente verificar algunos pasages.

« Giró la conferencia sobre nueve testos del libro contra la misa; estos testos eran de Scoto, de Durand, de S. Juan Crisóstomo, de S. Gerónimo, de S. Cirilo, de una ley de Teodosio, de S. Bernardo y de Teodoreto. Ambas partes sostuvieron la discusion sobre estos pasages, y los comisarios decidieron sobre cada punto, ya que Duplessis habia tomado la objeccion por la respuesta, ya que habia omitido palabras importantes. El pasage que habia alegado de S. Cirilo no pudo hallarse. Al cabo de seis horas de conferencia, remitió el rey la continuacion al dia siguiente. Aquella misma noche, Duplessis *hizo decir que estaba enfermo*, y que no sabia cuando podria renovar la conferencia: el dia 8 se puso en camino para Saumur, sin despedirse del rey. Esta pronta partida pareció una confesion de su derrota, y no creyó poder amortiguar el golpe que dió á su reputacion sino publicando, bajo el nombre de *Discurso verdadero*, una relacion en la que se pintaba como vencedor y se quejaba de todo el mundo, del rey, del canceller, de los comisarios y particularmente del obispo de Evreux. Para responderle, publicó el prelado las actas de la conferencia, acompañadas de un testimonio del rey que las certificaba verdaderas y de una carta del canceller de Bellievre. »

Otro controversista célebre, Veron, hacia, en la misma época, verdaderos podgios: « Su aficion, dice uno de sus historiadores, le llevaba hácia la controversia, y habia hallado un método mas sencillo para convencer á los protestantes. Hallándose en Amiens, en 1615, desafió al ministro de esta ciudad, Adriano Hucher, á que probase su doctrina con el solo auxilio de las santas Escrituras, que los protestantes dan sin embargo por única norma de su fe. Abrióse una conferencia entre ellos en presencia del duque de Longueville y de trescientas personas de una y de otra religion.



conversion de la sabia señorita de Duras, que fué su fruto inmediato.

Desde la primera sesion tuvo el ministro que renunciar á probar los dogmas de la Iglesia con la autoridad de la santa Escritura, y á la segunda no pudo desplegar los labios. Sus amigos enviaron á buscar al ministro de Clermont-sur-Oise, quien parece que no fué mas feliz. Veron redactó las actas de dicha conferencia, que fueron impresas. Publicó en 1617 un escrito contra los ministros de Charrenton, acompañó al obispo de Ruan en la visita de su diócesis, y sostuvo en este tiempo algunas conferencias sobre la controversia. Chorin, ministro de Mantes, no se atrevió á entrar en disputa con él. Estos primeros triunfos le hicieron temible á los ministros; pero como aquellos retos que les proponia no eran conformes á las reglas y usos de los jesuitas, dejó la sociedad, siendo de advertir que no hizo en esto, segun él mismo dijo, mas que seguir el dictamen de personas sesudas y aun de varios jesuitas, y así habló siempre de ella en los términos mas honoríficos. En 1619 fué cuando salió de dicha corporacion, y habiendo en seguida pasado á Saintonge, dirigió inmediatamente (véase la *Relacion del viaje de Veron á Saintonge*) á todos los ministros del pais un reto general para que probasen, por la Escritura, un solo artículo de su confesion de fe. Iba de pueblo en pueblo, y despues de haber escuchado la prédica, anunciaba al ministro que iba á refutarle, escitándole á que le siguiese y se preparase á responderle. Activo é infatigable en su celo, predicaba por la mañana en las iglesias católicas y por la tarde sostenia acaloradas controversias. En una multitud de pueblos, los ministros no se atrevieron á entrar en cuestion con él aterrados por su firmeza, por la facilidad de su elocucion y por su profundo conocimiento de las materias sobre que iba á discutir. Tuvo valor para ir á La Rochela, sublevada entonces contra el rey, y dió no poco que hacer á los ministros; pero, á pesar de que tuvo la precaucion de disfrazarse, sospecharon que era el controversista que tanto ruido metia en las cercanías, y se vió obligado á salir del pueblo. La relacion de su viage nombra á diez y seis ministros que huyeron al acercarse él, ó que, despues de haber aceptado conferencias, las rompieron casi al momento de entablarse. »

Despues, y aun antes del arte de conmovier á los hombres y á las masas, viene el de dar crianza á los niños, de modo que ni aun haya necesidad de conmovierlos cuando sean hombres.

La Iglesia, el sacerdote, el cura en particular, tienen un arte maravilloso, el del CATECISMO, que nosotros mundanos consideramos como pueril, y que todo un canceller Bacon llamaba *llave de la sabiduria y prodigioso*.

Todo cuanto se diga es poco para encarecer la importancia, la utilidad, la necesidad, no solo para la juventud, mas tambien para la edad madura y para todas las edades, de lo que se llama con razon un *Catecismo*. Es mas que una filosofia, mas que una teologia, mas aun que el *viejo* y el *nuevo Testamento*, pues es la esplicacion, el compendio para el uso de todos, la substancia de aquellos diferentes libros, fuera de los cuales es tan imposible la sabiduria como la salvacion. Los hombres mas grandes, los mas brillantes ingenios de la Iglesia, han aspirado á componer catecismos, despues de haber publicado todos sus demas libros, para coronarlos, y aun, en cierto modo, para reemplazarlos todos. Y los obispos, que son superiores á todos los grandes hombres utiles, pues que son los grandes hombres *necesarios*, no tienen mision mas divina y benéfica que la de componer ó perfeccionar esos *rudimentos*. Un sabio, á quien nunca conocerá el mundo suficientemente, un hombre á quien admiraban Luis XIV y Bossuet, que le habian elegido por